



*(En el foro hay un árbol de tronco suficientemente grueso como para ocultar una persona.)*

*Aparece una mujer sin edad, pobre y sucia, más o menos a la moda del siglo XVI en Flandes. Lleva un caldero de tamaño mediano y una cuchara de palo. Nació del Triunfo de la Muerte de Brueghel y va a otro cuadro, de otro autor.)*

MUJER: *(Golpea el caldero con la cuchara.)*

¡Rataplán, plan, plan! ¡Rataplán, plan, plan! ¡Qué mi música espante a las dientonas, se les ericen los huesos, les rechinen los codos y las rodillas! ¡Rataplán, plan, plan! ¡Ay de aquellos que duermen, despertarán en otra parte! ¡Ay de aquellos que trabajan en sus casas! Se quemará el pan en la hornaza, se quemarán los nabos en las ollas; el suelo no brillará, pues en él han de caminar los cerdos, las gallinas harán nidos en los lechos mientras los gatos mean las patas de las sillas. ¡Ay de los que hacían el amor! Ningún fruto de sus quehaceres; cuando mucho, ha de verse un amasijo de angelitos frenéticos porque no conocieron el cuerpo. ¡Mucho trabajo para los buitres! ¡Mucha ocupación para las hienas y los perros hambrientos! ¡Rataplán, rataplán! Con ruido hay que ahuyentarlas...

*(Riendo.)* No tienen trasero que patear ni barriga para darles de puñetazos. Les gusta llegar en el silencio, pasar inadvertidas. Cuando un buen hombre toma asiento a su mesa para zamparse una perdiz, cuando ya se ha echado dos tragos de buen vino y busca la cintura gorda de su vieja patana, encuentra un trapo sin espalda y una risa sin labios...

Nadie ha inventado una borrachera bastante loca como para creer que los esqueletos besan y sienten cosquillas. El hombre se queda tieso, con el bocado en la garganta, la grasa seca en los labios... La copa se derrama sobre la mesa y ya está hecho. Una carcajada tal vez pudo haberlo retrasado, pero enmudecen. ¡Rataplán, plan, plan! A mí silenciosa no me agarran; yo todo lo tengo resonante: la risa, el amor, el odio; callada no me agarran. ¿No gané pues la competencia de insultos apenas hace ocho meses? Por supuesto, la otra era una campesina acostumbrada a decir una palabra, resollar, otra palabra. Así no se gana: imaginación, ruido. Yo inventé el insulto compuesto. ¿Qué comparación puede haber entre decir "bastardo" y tomar aire y decir "hija de la descubijada vieja que fue a rascarse con las piernas abiertas en la trompa del burro que era burro auténtico y no tenía nada de elefante"? ¡Ninguna comparación! El secreto está, por otra parte, en no participar en concursos de comida y de bebida. Nada que te ocupe la boca y te entumezca la cabeza: acabo de ver al comelón del pueblo empeñado en no dormirse, arañando la mesa con su cucharón, ¡infeliz!, cada vez más despacio, hasta que se durmió... No acababa de cerrar los ojos cuando se presentó la muerte putona y le puso el dedo así, en el ombligo, para hacérselo reventar. ¡Y vaya que reventó! Con más

ruido y más aparato que una tripa para salchichones. (*Reflexiona.*) No sabemos qué se siente, a ninguno le ha dado tiempo de decirlo; se acercan las muy bisojas con la risa boba y los dientes amarillos y te ponen un dedo encima. ¡Un solo dedo! Otras, desgarradas como son, se echan a bailar. Así fue como empezó el asunto. Bailaban hombres y mujeres, gordos y flacos, jóvenes, viejos y niños, agarrados de la mano como unos inútiles, sin caer en la cuenta de que la flaca era uno de ellos. ¡Y cómo bailaba ella! Movía los huesos de la cadera en redondo, como la vasija de la mantequilla. De pronto cayó uno y siguieron bailando porque así sucede a veces, hay uno que pierde el resuello. Luego cayó otro, otro y otro. Ja... Y ella brincoteaba como posesa, probablemente porque la música no estaba tan mal: un violín de los que rascan y no suenan. (*Riendo*) Se quedó sola, dio siete cabriolas y luego se largó brincoteando, como si fuera una muchacha. Cuando nos acercamos, los de la ronda no sólo estaban muertos sino podridos y hedían que era un espanto; vinieron troncos de moscas, como rayas negras en el cielo; moscas gordas, zumbonas. Venían a comer y a poner huevos. Ni a mí se me hubiera ocurrido una porquería mejor para contarla en una noche de invierno.

Corrimos a nuestras casas y en el camino vimos que las hermanas de la flaca no habían estado ociosas sino muy afanadas. Mierda y podredumbre por los campos, los bosques y las aguas. ¡Rataplán, rataplán! Ese mismo día se desataron las intrigas en mi contra: yo no moría. ¡Bruja!, me dijeron, "a ti te toca". Yo asentía por no contradecir y hacía ruidos con las manos, las patas y las nalgas. Los quejosos se entiesaban en menos tiempo del que me hubiera tomado contestar: "bruja debiera haber sido la que te parió o no se te estuviera reventando la panza". Dijeron luego que la que conoce muchos hombres no estalla porque el jugo del hombre curte a la mujer. ¡Sandeces! Se pusieron como cabras a fornicar en los campos, en la calle, en los establos. Los hombres les hacían el gusto porque a ellos les importa más una buena fornicación que sacar ventajas. Morían en medio de sus revolcones y nadie llegaba al fin de sus placeres. Ningún hombre sirve para curtir un cuerpo, no lo entendieron hasta que no lo vieron. ¡Claro, inventaron que el asunto era con animales! Lo de la trompa del burro dejó de ser insulto y pasó a la realidad. ¡Huac, qué cosas se vieron! Los chivos, los caballos, los burros y los perros se murieron... Hasta los gatos. Pero yo no. ¡Rataplán! ¿Por qué no decían rataplán? ¿Les parecería poca cosa? (*Bajan las luces.*) No quiero morir porque me gusta la vida. Recibí un aviso de algún cretino que sabía escribir en el cielo. "Si no quieres que la muerte te pudra, vive adelante o para atrás, nadie puede quedarse en el mismo sitio". ¡Yo acepté el reto! ¡Viviré para atrás! Ni estúpida que fuera para vivir hacia adelante. Esos que dejé en el pueblo vivían para adelante: "mañana siego los campos", "mañana voy a la feria", "el año que entra nace mi hijo", "me caso dentro de seis meses". Nadie decía: "Ayer...

Ayer...", Rataplán. *(Luces más bajas. Débilmente:)* Rataplán... Este caldero no suena hueco. Ayer, yo, rataplán, no suena hueco. *(Se asoma dentro del caldero.)* ¿Qué, qué es esto? Aquí hay una cabeza humana y antes estaba vacío... Es una cabeza de hombre, con buen pelo y mucha barba. Y yo... Ayer... Yo, ayer, ¡qué trabajo me cuesta! ¡Qué puto trabajo me cuesta! Ayer... *(Se quita la capa, el delantal, queda descalza. Compone su rostro y se coloca el caldero bajo el brazo, todo con prisa, como si persiguiera un recuerdo fugitivo. Muy importante.)* Oídme, llevaré a cabo un hecho que será recordado por muchas generaciones, me lo agradeceréis. No necesito armas, mi caldero es todo. ¿Soldados? ¿Estáis locos? Me basta con mi doncella. *(Ahora con facilidad. El recuerdo ya es vida. Luces bajas.)* ¡Habéis olvidado, habitantes de Bethulia, que sois un pueblo sitiado? Sólo dos mujeres indefensas podrían llegar ilesas al campamento de... Holofernes. Alejaos y dejadme marchar. *(Se asoma dentro del caldero y lo ve vacío.)* Doncella, acércate. *(Queda con una dignidad, que rompe en cuanto se cerciora de que están solas.)* ¿Ya estamos solas? Pues nada, hay que matar al cretino que sin duda en este momento come y bebe como un verraco. ¿Sabes por qué me ofreci? Soy viuda: con las doncellas y las casadas no se cuenta. ¿Sabes por qué te escogí a ti? Porque tienes mucho de criada y nada de doncella... Todos los días traes en el pelo gajos de hierba de diferentes campos. Eres quien eres. No te asustes, por eso mismo me sirves. Anda, vamos al campamento, no todos los días se presenta la ocasión de pecar con buenos motivos.



*(La mujer está decidida, pero no entusiasta. Se dan un paseo por el foro, ella y la sirvienta imaginaria.)* Es importante tener aspecto de mujeres honestas. Ya sabes; la mirada al frente, pero nunca a los ojos de los que hablen contigo. El paso pequeño; sin contonear, imbécil. Cierra la boca y no la abras más que para decir cosas inteligentes: si no puedes, cállate, pasarás por discreta. Si algún soldado se te acercara con malas proposiciones dile que perderá el favor de sus dioses si yace contigo; yacerá, pero no ha de contarlo. Si ves a Holofernes demasiado irrespetuoso, grita o golpea algo, el ruido es lo mejor. Cuando hable no me interrumpas y no te rías con nadie. *(Han llegado a la presencia del Holofernes. La mujer se arrodilla para saludar.)* Señor, soy tu esclava. Visionaria y clarividente, puedo decirte, sabio entre los sabios, vencedor de todos los ejércitos del mundo, gran señor, que me ha sido revelada la forma en que has de apoderarte de la ciudad de Bethulia sin que sea necesario derramar la preciosa sangre de tus soldados, ni mellar sus espadas. *(Se levanta. Deja el caldero en el suelo.)* Mi pueblo está lleno de pecado; su dios ha de castigarlo en el plazo de cinco días: vengo a refugiarme a tu lado porque soy inocente y no quiero compartir el destino de Bethulia: ellos han comido los alimentos reservados a su dios y, en cinco días, su dios los castigará. Estoy segura, gran general, estoy segura. *(Seductora.)* No te oculto que también deseaba contemplarte de cerca. ¿Le será dado a las otras mujeres de mi pueblo contemplar tu gran cabeza? *(Rie.)* Permaneceré contigo cinco días, como rehén. *(Más seductora.)* ¿Le será dado a las mujeres de mi pueblo tocar tu torso musculoso? *(Lo toca.)* ¿Le será dado a la más experta matrona juzgar el grosor de tu cuello con las puntas de los dedos? *(Lo toca.)* ¿Le será dado a algún adolescente que sueña con la gloria tocar el filo de tu espada? *(Le quita la espada y la blande.)* Mover tu espada así en el aire, reviviendo el recuerdo de tus grandes batallas, no le será concedida más que a... ¡Judith! *(Da el tajo en el aire y cae la cabeza de Holofernes. La mujer contempla lo que ha hecho y no se tranquiliza hasta no ver que cae al suelo el cuerpo de Holofernes. Luego, agotada, hace lo posible por recobrar el aplomo.)* Asunto terminado. Recoge la cabeza y guárdala. *(Alarga el caldero.)* Vámonos. *(Regresa, con otra vuelta por el foro.)* Soy una inocente; pensando en la honestidad cuando debía haber ejercitado mi brazo. En un momento creí que había errado el golpe. *(Se compone el caldero en el brazo como si fuera una cesta de verduras.)* Ahora, lo que me espera. La celebridad. *(Rie.)* Por fortuna, no ha de faltar un maledicente que afirme haberme visto en la tienda de Holofernes haciendo el papel de concubina. Cuando me toque el botín que me pertenece, tampoco ha de faltar quien diga que cargué un burro con él y lo entregué en ofrenda. Hasta puede que eso haga. *(Con el caldero en la mano y la cuchara lista para pegar.)* Ya estamos a salvo. Este día señalado estafamos a la muerte y al degüello y yo viviré, ¡viviré!.. ¡Viviré! ¡Viviré! ¡Rataplán, rataplán, ra-

taplán! ¡Hasta el fin de los siglos, viviré! *(Inicia un brincoteo hasta que se cansa y cae al suelo. Allí agotada:)* Viviré. *(Las luces se oscurecen. La mujer se despoja de su vestido y saca del caldero un manto con el que se envuelve: también sandalias. Es una dama hebrea muy elegante y muy bella.)*

Ayer...ayer... *(Habla con sus sirvientas.)* Mujeres, vayamos al jardín. En la vida de una mujer casada pueden darse momentos de solaz; no todo se queda en hijos y marido, hay... Diversiones. *(Caminata.)* Hay... *(Risa.)* La verdad es que hay un par de vejstorios que no hacen más que espiarme. *(Ríe.)* Llevan días en lo mismo. *(Ríe. Con ánimo travieso, no exento de crueldad:)* Vamos a darles un susto. Veremos lo que hacen... ¡Nadie tan lascivo como un viejo! No os alejéis, y si grito acercaos corriendo. *(Llegan a un sitio del foro. La mujer, en voz alta para que los viejos la oigan.)* ¡Voy a tomar un baño! Me meteré a la fuente y vosotras iréis a buscar el aceite y los lienzos para secarme. ¡Me encanta que corra por mi cuerpo el agua cristalina y sentir el sol cuando estoy desnuda!

¡Cómo acaricia el sol! *(Hace ademán de desprenderse el manto.)* ¿Qué? ¿Qué es eso? ¡Oigo ruidos extraños! *(Aparecen los viejos.)* Ancianos, este jardín me pertenece y no tenéis nada que hacer aquí. ¿Qué rostros de lascivia son esos? ¿Qué miradas? ¡Os haré ejecutar! ¡Os tiemblan las manos! ¿Por qué? ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Auxiliadme, mujeres! ¿Dónde estáis? ¡Me habéis abandonado en manos de unos asaltantes! ¡Venid! *(Corre y se esconde detrás del árbol. Cambio de luces. Se escucha un sonido de tambores que termina en forma muy desanimada. Luego, aparece la mujer con el manto en su sitio. No las tiene todas consigo.)* ¿No han sucedido las cosas como yo había previsto.

La verdad es que con viejos no hay que jugar, tienen demasiada experiencia. *(Se enoja. Da patadas en el suelo.)* Los viejos taimados me acusaron de haberme sorprendido con un joven, tomando mi placer debajo de los árboles. ¡Y el imbécil de mi marido los creyó! No quiso escucharme; cuando me defendí ni siquiera me miraba... Los testimonios de las criadas no valen. Yo pedía la muerte de los viejos y ellos la mía. Y mi marido decidió en mi contra. ¡Mi marido me condenó a muerte! *(Irónica.)* Se ve que no sólo yo estaba hastiada de la vida matrimonial... ¡Pero yo no hubiera osado fallar en contra suya! *(Resentida e insincera.)* Yo nunca he deseado matar a mi marido. Yo sólo quería divertirme y vivir. ¿Es tan difícil divertirse y vivir? No me digáis que lo normal es aburrirse soberanamente... Claro que no le dije a mi marido lo ocurrido, sólo que me atacaron. Eso es cierto, ¡sí me atacaron! Estaban a punto de echármese encima, entonces yo grité y... ¿Vale la pena vivir en un pueblo donde la palabra de una mujer es igual al chillido de una rata? ¡Claro que vale la pena! Estaría yo aviada si a más de no ser creída todavía tuviera

que morirme. ¿Vale la pena estar casada con un hombre que cree a pie juntillas cuanto le dicen, aunque sea el adulterio de su mujer? ¡Claro que sí!.. Si las cosas no llegan a un extremo, claro; ser soltera trae muchas desventajas. Y ser casada trae ventajas... Hasta un adulterio verdadero, *(Rie.)* pues si es tan fácil creerlo, más fácil ha de ser cometerlo. *(Rencorosa.)* Mi marido me condenó a muerte. *(Rie.)* Hizo el ridículo más grande de su vida. *(Imitativa.)* Ya dispuesto para mi ejecución, llevaba con mucha altivez su cara de cornudo; no me miró ni una sola vez. Y yo, ¿qué había de hacer? Lloraba como una fuente. *(Seria.)* La verdad es que creí que iban a matarme. ¡Y yo quiero estar viva! Fallaron los jueces, mi marido empeñado en ser cornudo, las criadas lamentándose y ¡una gran sorpresa para todos! Apareció un joven que se llama... Daniel, solicitó permiso para poner a prueba el testimonio de los viejos y éstos mintieron tan locamente que fueron descubiertos y claro, no hubo remedio, los ejecutaron a ellos y no a mí. *(Con odio.)* Los viejos ya están pudriéndose... Iban a morirse de cualquier manera y muy pronto. Para lo que servían. *(Rie a carcajadas.)* Mi marido me trajo a casa muy contrito, sin cara de cornudo y con ganas de que se lo tragara la tierra. Yo le dije: "muy bien, muy bien. No quiero que te pierdas de la bella sensación de viudez, síguela saboreando". Y me cambié de habitación. Me suplicó, me rogó, se lamentó, pidió disculpas y yo, muda. Por fin, me dijo entre lágrimas: "amadísima Susana, si me perdonas he de concederte lo que más deseas".

Aparenté duda, en realidad ya sabía lo que deseaba. "Amadísimo esposo", le dije, "para recobrar el respeto a mí misma, te conjuro a que me permitas pasar dos horas diarias en el jardín, completamente sola". Me lo concedió aliviadísimo; seguramente había pensado que pediría alhajas o telas... Hizo un banquete para festejar mi libertad, mi vida y el triunfo de la justicia. *(Muy maliciosamente, muy bella.)* Ahora paseo diariamente por el jardín y nadie me interrumpe, ni mis criadas. Y está abierta la puertecilla del huerto... a las tres de la tarde. Ese joven... *(Gozosa, con los brazos abiertos.)* ¡Daniel, tú salvaste mi vida y yo te lo agradezco!.. *(Toma el caldero y golpea con la cuchara.)* Daniel, Daniel, Daniel. ¡Tú salvaste mi vida y yo tengo un jardín! *(Casi oscuro. La mujer se desprende del manto y se pone en la cabeza una corona. Su personalidad es fría y calculada.)* Venid, mujeres de mi séquito. Yo soy Esther y se me ha de comparar con un río. Si Judith salvó la ciudad de Bethulia, he de salvar yo todo el pueblo de Israel. La orden está escrita, la espada ha de caer sobre todos los hebreos, también las mujeres y los niños. Se habrán olvidado por el hábito de llamarme reina, mujer de Asuero, de que también soy hebrea. Primero hebrea que reina. El Dios de Abraham iluminó primero mi nacimiento y hasta mucho después la circunstancia que me hizo llegar al trono. *(Pausa para cambiar de tema.)* Mucho se dice de las mujeres y no es bastante; se comenta la elasticidad de sus recursos, se cuentan picar-

días y maldades, pero nunca de la derrota. Mujeres de mi séquito, escuchad la flor de mi sabiduría, pues habréis de aprovecharla. (*Mitad enseñanza y mitad arenga.*) ¿Me escucháis? ¿Estáis atentas? Tal vez algunas tengan aun recuerdo del suceso. No necesito recalcar el hecho de que soy muy hermosa, pero la hermosura, queridas mías, no basta. Existen los afeites, los colores que hacen resaltar los tonos de la piel, los aceites que suavizan las manos y las piernas. Un ojo hermoso es eso y nada más. Un ojo hermoso, debidamente subrayado bajo una ceja cuidadosamente delineada por la depilación, es un ojo con la más intencionada y declarada fuerza de seducción. Un lunar en el pómulos, si es natural, agrada; si es pintado, atrae. Unos labios teñidos de un leve color rojo, enloquecerán si el color es lo suficientemente artificial para delatar el cuidado que se ha puesto en pintarlos. En resumen, no es lo mismo decir "soy así", que decir "así me he puesto para que tú me veas". ¡Tened cuidado y prudencia, mujeres, con este secreto que os entrego! Cubrid vuestros rostros con el velo, descubridlos sólo dentro de la intimidad de vuestras casas y pintadlos en honor de un solo hombre: el que habréis de conquistar. Si este hombre piensa que lo hacéis por hábito, el efecto disminuye notablemente. La ocasión es asunto importante: debe llegar con naturalidad y, y de ser posible, por la fuerza: no os confundan con mujeres fáciles. Mi ocasión fue un concurso de belleza. El rey Asuero, mi noble esposo, buscaba una hermosa entre las bellas y decidió convocarnos: nadie se presentó; hubiera sido impudicia y falta de recato. Hizo un edicto, obligándonos a acudir bajo pena de muerte y todas nos presentamos encantadas. Pero no todas contábamos con iguales recursos; mi casa era humilde, no había nada especial con que ataviarme; mi madre y su hermana lloraban desesperadas. Yo les dije: "amadas mías, Asuero es rey y tiene muchas telas, Asuero es rey y tiene cintas de oro recamadas de piedras, lo que busca es esposa. Por otra parte, los polvillos de colores se toman de las hierbas, de los frutos, de las plantas, no cuestan nada". Me entendieron. Estuvieron cuatro horas arreglándose. Las otras doncellas reían. ¡Cuatro horas para vestir una mendiga! ¿Estarán cosiéndole un manto de hojas secas? Y no. Aparecí yo vestida como de costumbre, con el rostro cubierto. Reían las doncellas y se daban con el codo. Llegó Asuero y le descubrí mi rostro. Dejaron de reír y el rey palideció. Luego, lanzó una larga mirada hacia las otras y volvió a mí. En menos de dos horas ya tenía corona, cinturón de oro y telas exquisitas. ¡Os parece fácil! Pues no es fácil; no os he hablado de lo más esencial. Cuando levanté mi velo, puse los ojos no en el rostro de Asuero, sino que los clavé un poquito arriba de su hombro derecho, como si contemplara al ángel que lo cuida. Después, Asuero me confesó que se había casado conmigo para lograr que lo mirara de frente... Todo esto os he dicho para encareceros la importancia de lo que me propongo. He de salvar a mi pueblo y os he mostrado con qué recursos cuento... Son pocos y muchos.



Ataviada y embellecida estoy por vuestras manos. Debo hacer el desacato mayor: presentarme ante mi rey en público y decir en voz alta su nombre: pena de muerte. Hemos de ver si muero. Si me salvo y se salva mi pueblo conmigo, habréis aprendido; si no sucede así, debéis perfeccionaros. Vamos, mujeres, no temáis, si alguien muere, seré yo sola. *(Avanza majestuosamente y en silencio. Luego, con una seducción infinitamente elegante.)* ¡Rey Asuero, contigo deseo hablar sobre un asunto de infinita gravedad! *(Palidece. Habla para las otras, en voz baja y clara.)* He logrado su ira, me mira con odio, se pone en pie, levanta el brazo como cuando dicta una sentencia... ¡Ay! *(Da un grito y cae al suelo. Parece muerta. Pausa. Empieza a volver en sí muy débilmente.)* Si, me siento mejor. Ya respiro. Mi temeridad fue grande pero mi obligación no lo era menos. *(Se incorpora.)* Matadme, Asuero. *(Se pone en pie.)* Matadme puesto que os he ofendido, si me odiáis no quiero vivir, matadme sin tardanza. *(Pausa.)* ¿De qué obligaciones hablo? Habéis decretado la desaparición de los hebreros; yo soy hebrea, debo morir en vuestras manos. *(Parece escuchar, recobra la fuerza, su rostro resplandece.)* ¡No morirán! ¡Me lo juráis! ¡Qué gran rey sois, Asuero! ¡Cuánto os respeto y os amo! *(Muy elegante.)* Me voy ahora, llena de amor. Y espero veros en el curso del día. *(Sale, seguida de su séquito, hasta el sitio en que se hallaban antes. A las mujeres.)* Lo habéis visto y escuchado. *(Un poco agotada.)* Mi pueblo está a salvo, no ha de derramarse sangre hebrea por falta de imaginación de una de sus hijas. *(Pausa. Recuerda sus anteriores consejos.)* Mujeres, en cuanto os he comunicado, faltaba un detalle fundamental: si vuestro esposo está demasiado ocupado, las luces no os favorecen o vuestra petición es exagerada, no hay nada mejor que una jaqueca. Pero si está en peligro vuestra vida o el asunto es urgente, recurrid al desmayo. Es todo cuanto puedo enseñaros. Ahora dejadme porque mi regocijo es grande, sin límite ni nombre. *(Las mira ir y luego, sin perder la compostura, toma el caldero y golpea.)* Amada flor, amado fruto, amado tronco, raíz amada del pueblo de Israel. Yo soy Esther, tu río, tu arroyo, tu llovizna, el rocío de tus amaneceres, la humedad de tus noches. Israel, soy tu Esther. *(Deja de golpear. Bajan las luces. Desaparece detrás del árbol y tan rápido como es posible aparecen un brazo y hombro desnudos detrás del tronco. En la mano, la manzana de marras. Muy razonable.)* Y Dios creó a la mujer... Por razones obvias no volvió a hacer ninguna intervención directa; aun no se sabe si su último acto de creación fue un fracaso o si habiendo caído en la cuenta de que con la mujer todo encontraba complemento no vio la necesidad de darle vida a ninguna otra criatura. *(Profética.)* Eva soy, la primera y la última. Existió y existirá una mujer sucia, bruja, mal viviente, mal vestida y peor hablada; muy lejos de mí, tan lejos que siempre que se mueve a mí se acerca. Yo soy un punto del círculo y ella el opuesto. Mujer, no temas, avanza o retrocede, siempre vendrás a mí; avanza o retrocede, aquí te

espero, soy el mañana y el ayer, pero en el tiempo hay formas de cambiar los destinos. Yo, Eva, aprendí algo: no gustar de los frutos deleznales. (*Tira la manzana.*) Mujer, desde siempre vives la eternidad, la muerte no ha existido.

